

El ha dicho: *¡Ay de vosotros ricos; dichosos los que lloran!...*
El cielo y la tierra pasarán: la palabra del Señor que es la
verdad misma permanece eternamente.

PUNTO TERCERO.—*Las inclinaciones naturales* combaten al
espíritu de fe, tanto como él lucha contra ellas.... La natu-
raleza tiembla ante la idea de la inmolación que la fe im-
pone.... En cualquier circunstancia comencemos por pre-
guntar á nuestra fe y pedirle sus enseñanzas. ¡Oh cuánto
importa el velar sobre nuestro corazón y sus primeras im-
presiones para dirigir todos sus movimientos con la claridad
de las verdades eternas!

MEDITACIÓN IV

*El espíritu de sacrificio. Su necesidad
en los sacerdotes*

I. Motivos sacados de su propia santificación.

II. Motivos sacados de sus ministerios y de sus
funciones.

La vida cristiana y sacerdotal en su desarrollo y
perfección no es sino la inmolación de la naturaleza
por la gracia, y la prontitud y generosidad con que
hacemos á Dios un gran número de sacrificios par-
ticulares de nuestros conocimientos, de nuestras in-
clinaciones, de nuestras repugnancias.... lo cual
constituye la inmolación total de nosotros mismos;
esto es lo que llamamos *espíritu de sacrificio* que
debe hallarse en todos los cristianos, pues todos tie-
nen, dice San Pedro, un sacerdocio que ejercer y
hostias espirituales que ofrecer (1); pero estos sacri-
ficios, por motivos y razones especiales en los mi-
nistros del Salvador, deben ser mucho más perfectos
y abundantes.

(1) I. Petr., II, 5.

PUNTO I

Motivos sacados de la propia santificación del sacerdote

Es tan necesario para nosotros el espíritu de sa-
crificio y en un grado superior al de los simples fie-
les, que sin él nunca podremos aprovecharnos como
debemos de las abundantes gracias que se nos prodigan,
ni enmendarnos de nuestros defectos; mucho
menos adquirir las virtudes sólidas y la eminente
santidad que Dios exige de nosotros.

1.º Sin este espíritu de sacrificio, lejos de apro-
vecharme de las abundantes gracias que recibo, hago
de ellas un espantoso abuso. El alma fiel dice á
Dios en el piadoso libro de la *Imitación de Cristo*:
*Opus est gratia tua et magna gratia, ut vincatur natu-
ra, ad malum semper prona* (1). Esta gracia que á na-
die se niega, se comunica al sacerdote con verda-
dera profusión. ¿Y por qué? Principalmente: *ut vin-
catur natura*. ¿Qué uso hago yo de este auxilio divi-
no? ¿me he servido de él para vencerme, para sobre-
ponerme á mí mismo y triunfar de una naturaleza
inclinada siempre al mal? Entre Dios y el alma que
El quiere santificar, se verifica algo parecido á un
cambio continuo de gracias ofrecidas y sacrificios
reclamados. Es un *Do ut des* en cada momento de la
vida. ¡Cuántas veces conozco interiormente lo que
debería hacer ó evitar! ¡qué de llamamientos!... ¡qué
de luces!... La gracia habla, pero la naturaleza habla
también; para corresponder á la gracia menester es
hacerse violencia; nada más cómodo, por el contrario,
que dejarse llevar de las inclinaciones de la naturale-
za.... Retiraos, Señor, de mí, dice, ofreced á otros
los dones de vuestro amor que me ha de costar dema-
siado negociar todo lo que Vos queréis con ese talen-
to que me ofrecéis.

De aquí el poquísimo fruto que suelo sacar de las

(1) Lib.III, c. LV.

lecturas espirituales, de las exhortaciones que he oído, de las buenas inspiraciones recibidas, ya en el Seminario, ya en mis retiros y en otras mil circunstancias. Hubiera debido reflexionar y entrar dentro de mí mismo, orar y atravesar con paso firme la distancia que separa la especulación de la práctica. He consentido en ver la verdad y hacerme cargo de ella, pero no he tenido valor para seguirla..... ¡Oh, cuántas gracias perdidas en la vida de un sacerdote inmortificado y cuánta responsabilidad!

2.º Además, sin espíritu de sacrificio no se pueden corregir los defectos: *Unum est quod multos a profectu et ferventi emendatione retrahit, horror difficultatis, seu labor certaminis* (1) y en otro lugar: *Nisi tibi vim feceris, vitium non superabis*. La lucha, que siempre es trabajosa, se hace aún más difícil cuando es uno mismo el enemigo que se debe combatir y vencer.

Cuando en ciertos días de gracia y de fervor tocado y movido por Dios, arreglaba el plan de una nueva vida, resuelto á reformar en mí lo que entonces tanto alarmaba mi conciencia, obraba con toda sinceridad ¿qué es pues, lo que ha paralizado mis buenos deseos y hecho fracasar mis santos propósitos? *Horror difficultatis, labor certaminis*. Me desagradan ciertamente mis defectos, me avergüenzo de mi bajeza que tanto contrasta con la dignidad de mi carácter..... Conozco que comprometen mi salvación y el buen éxito de mis trabajos; pero sería menester para quitarlos vigilar mi imaginación, ocupar el entendimiento, resistir á mis inclinaciones, sujetarme á una regla invariable, sobreponerme á mí mismo..... Todo esto me parece difícil, y tengo miedo, tengo horror á la dificultad. Entretanto, va pasando mi vida y me quedo con mis defectos que amenazan ya bajar conmigo al sepulcro y acompañarme al terrible tribunal..... ¿Por qué? Porque en vez de reprimirlos con fuerza he tenido hasta ahora

(1) *Imit.*, lib. I, c. XXV.

mil condescendencias criminales con ellos. ¡Oh, cuál sería ahora la paz de mi alma, la dulzura de mi esperanza, la facilidad y dicha de mis comunicaciones con Dios si cada año, desde mi consagración al sacerdocio, hubiese resueltamente emprendido y realizado la reforma de uno solo de mis defectos!

3.º De aquí se deduce que sin este espíritu de sacrificio no puede haber sólidas virtudes, ni puede el sacerdote santificarse. Lejos de que la virtud haya salido con nosotros del seno de nuestras madres, nacemos, al contrario, con inclinaciones que le son enteramente opuestas, y el primer ejercicio de virtud ha de ser en nosotros el de combatir las y vencerlas. Conozco, por ejemplo, que mi carácter es altivo, independiente, inclinado á dominar; luego es necesario que sea humilde y obediente. Veo que soy vivo, ardiente, impetuoso; debo pues, trabajar para vivir en paz con aquellos cuyos defectos, contrarios á los míos, son para mí una continua prueba. Héme aquí, por lo tanto, siempre en lucha conmigo mismo.

No sin razón profunda se ha empleado la misma palabra *virtus* para expresar la idea de la virtud y de la fuerza. La virtud es la fuerza del alma aplicada al bien. La virtud comienza donde comienza el sacrificio, y el mérito está unido á los esfuerzos; desconfiemos, pues, de toda virtud demasiado fácil. En todo el saber pagano nada se conoció más perfecto que aquel *sustine, abstine*, de los filósofos; pero, bajo la ley evangélica, la perfección es el amor: *Plenitudo legis est dilectio* (1); pero el amor que se sacrifica, que se inmola, que se prueba por los sacrificios y se mide según su extensión y su dificultad: *Si diligitis me, mandata mea servate* (2) «Si alguno quiere venir en pos de mí —dice el Salvador— y darme un testimonio cierto de su amor, que se niegue á sí mismo, tome su cruz y me siga.»

Si; la abnegación, la inmólación de sí mismo es

(1) *Rom.*, XIII, 10.

(2) *Joan.*, XIV, 15.

pedra de toque de la verdadera virtud. Toda piedad, toda pretendida santidad sin espíritu de sacrificio es un edificio sin base. La mayor parte de los hombres son humildes hasta la primera ocasión de humillarse que se les presente; pacientes, todo el tiempo en que viven sin contradicción ni molestia.... nada hay en ellos de lo que constituye la justicia cristiana y, mucho menos, la perfección sacerdotal.

¿En qué consiste esta perfección? Oigamos á San Bernardo: *Indefessum proficiendi studium, jugis conatus ad perfectionem, perfectio vocatur* (1). ¿De qué medio nos valdremos para mantener en nosotros este fervor que no se entibia, sino que aspira á progresar: *indefessum proficiendi studium*: cómo tener las fuerzas del alma constantemente aplicadas á perfeccionarnos: *Jugis conatus ad perfectiones*, si no resistimos con energía á los impulsos de la naturaleza, amiga del descanso y de las comodidades? Se debe decir de la santidad, como del reino de los Cielos, que su recompensa *Regnum cælorum vim patitur, et violenti rapiunt illud* (2). Mas hay otras razones que hacen para nosotros rigurosamente obligatorio el espíritu de sacrificio.

PUNTO II

Motivos sacados de sus ministerios y de sus funciones

El mundo no se ha salvado sino por el sacrificio, pues en la redención no es otro que el Hombre-Dios quien se inmola por la salvación de los hombres. Siendo nuestro ministerio la continuación del de Jesucristo, debemos aplicar á los hombres los frutos de la redención por los mismos medios con que Él la ha obrado; inmolándonos á nosotros mismos es como completamos lo que falta al gran sacrificio de Jesucristo: *Adimpleo ea quæ desunt passionum Christi* (3).

(1) Epis. 251.

(2) Matth., XI, 12.

(3) Coloss., I, 24.

Jesús no padeció sino en Jerusalem y en su cuerpo natural; y como toda su fuerza de Salvador está en la Cruz, para hacer á todo el mundo participante de los beneficios de sus tormentos y de su muerte, es necesario que padezca todo el universo en la persona de su cuerpo místico.

Si; la vida del buen sacerdote, como la del Salvador, no es sino un martirio prolongado. Su celo por la gloria de Dios, á quien tantos pecados ultrajan; su amor á sus hermanos que se pierden á su vista y en tan gran número.... hé aquí un continuo motivo de tristeza y de dolor: *Tristitia mihi magna est, et continuus dolor cordi meo* (1). *Nullam requiem habuit caro nostra, sed omnem tribulationem passi sumus: foris pugnae, intus timores* (2). Además ¿cómo tratar con tan diversos caracteres, con tantos espíritus mal dispuestos.... cómo hacerse todo á todos para ganarlos todos para Jesucristo sin practicar continuamente la mortificación y la abnegación? ¿Cuál de nuestros ministerios no exige hombres desprendidos de todo lo del mundo, crucificados al mundo, muertos á sí mismos? Precisamente donde debemos mostrarnos verdaderos ministros de Dios es, dice San Pablo, en una grande paciencia, en las tribulaciones, en las necesidades y sufrimientos de todo género que tenemos que padecer.

¡Oh Señor y Dios mío! Si para llevar este glorioso nombre es necesario vivir renunciándose continuamente á sí mismo, reconozco, avergonzándome de ello, que hasta ahora yo no lo he merecido. No, no quiero ya preguntar porqué vuestra gracia ha sido tan tristemente estéril en mí; porqué me veo tan desnudo de sólidas virtudes y tan lleno de iniquidades é imperfecciones, y porqué no he recibido en mis trabajos sino tan exiguas bendiciones y frutos tan contados. Es porque no he tenido este espíritu de sacrificio.... ¡Oh Jesús mío! Voy á alimentarme ahora en el altar con esa carne adorable que habéis

(1) Rom., IX, 2.

(2) II Cor., VII, 5.

entregado por mí á los tormentos más crueles; voy á beber de ese cáliz que tan santamente ha embriagado á vuestros buenos sacerdotes, á vuestros generosos mártires, y les ha hecho hallar delicias hasta en los tormentos, hasta en la misma muerte..... Venid, Señor..... venid; abrasadme á mí también como á ellos en el fuego sagrado de vuestro amor. El que os ama tiene necesidad de sufrir y de inmolarsé por Vos.....

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Motivos sacados de nuestra propia santificación.* Sin ese espíritu de sacrificio: 1.º Yo abusaría de las gracias que recibo. Entre Dios y una alma que El quiere santificar se establece como un cambio continuo de gracias ofrecidas y sacrificios exigidos. Para corresponder á esas gracias, es menester hacerse violencia; no cabe duda que es más fácil dar rienda suelta á nuestras propias inclinaciones..... ¡ah, cuántas gracias desperdicia un sacerdote inmortificado! ¡qué cuenta tendrá que dar á Dios! 2.º No me corregiría nunca de mis defectos. *Nisi tibi vim feceris, vitium non superabis* (1). La lucha es siempre penosa; pero, sobre todo, cuando se trata de vencerse uno á sí mismo..... De aquí resulta que mi vida pasa, pero quedan mis defectos..... Me acompañarán hasta el sepulcro y al terrible tribunal de Dios, puesto que yo en lugar de reprimirlos no tuve para ellos sino pecaminosas condescendencias. 3.º Obrando de este modo jamás llegaré á una virtud sólida, á la santidad, á la salvación. La virtud es la fuerza del alma aplicada al bien: ella comienza allí donde empieza el sacrificio. Las virtudes fáciles no nos deben ilusionar. Toda pretendida santidad sin espíritu de sacrificio es un edificio sin fundamento. Hay que afirmar acerca de la justicia cristiana y sacerdotal, lo que se dice del reino de los cielos, á saber, que allí no se llega sino pisoteándose uno á sí mismo.

PUNTO SEGUNDO.—*Motivos sacados del ministerio sacerdotal*

(1) *Imit.*

y de sus funciones. El mundo se salvó mediante el sacrificio. Inmolándonos á nosotros mismos, perpetuamos el gran sacrificio de Jesucristo. La vida del buen sacerdote, á la manera de la del Hombre-Dios, no es sino un martirio prolongado.

MEDITACIÓN V

El espíritu de sacrificio. Su extensión

- I. Inmolación continua.
- II. Inmolación universal.

«¿Cuántas veces, Señor, he de resignarme y en qué cosas debo renunciar á mí mismo?» (1). La pregunta que hace aquí el alma fiel tiene dos objetos: ¿cuándo y en qué debo practicar el espíritu de sacrificio? Jesucristo responde: «Siempre y á todas horas, lo mismo en las cosas pequeñas que en las grandes, sin exceptuar ninguna» (2). La inmolación de la naturaleza por la gracia debe ser, pues, continua y universal.

PUNTO I

Inmolación continua

Quando se dice que debemos estar dispuestos «siempre y á toda hora» para sacrificar al beneplácito divino nuestros pensamientos y nuestros afectos, nuestras repugnancias y alicientes..... sólo se enuncia una de las inmediatas consecuencias del gran principio del fin del hombre y el supremo dominio de Dios sobre todas sus criaturas. Siendo siempre de El y por El, debo ser siempre para El y servirle siempre. Ahora bien, yo no sirvo realmente á Dios sino por el

(1) *Quoties me resignabo, et in quibus me reliquam?* (*Imit.*, I. III, c. XXXVII.)

(2) *Semper et omni hora; sicut in parvo, sic et in magno; nihil excipio.* (*Ibid.*)

sacrificio de mi voluntad á la suya. Tal es la obligación del hombre. Ved ahora la del cristiano y con mayor razón la del sacerdote: *Dicebat autem ad omnes: Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam quotidie, et sequatur me* (1). Mientras sea mayor mi obligación de seguir á Jesucristo para ser su discípulo y seguirle más de cerca en calidad de ministro suyo, con mayor motivo deberé renunciarle á mí mismo y llevar mi cruz «todos los días de mi vida.»

La cruz es el altar del sacrificio; renunciarle á mí mismo es sacrificarme; importa que yo me mantenga en estado de víctima. Mi naturaleza se siente arrastrada siempre por la triple concupiscencia; es indispensable que yo la vigile, reprima y sacrifique siempre, *semper et omni hora*. No puedo llegar á Dios sino salvando el torrente de mis inclinaciones viciosas; si dejo de resistir á la corriente, su ímpetu me arrastra. En efecto, cuando reflexiono sobre mí mismo, á todas horas veo con sorpresa que con harta frecuencia he caído en algún arrebató de orgullo, en el deseo de lo que halaga á mis sentidos, bajo el imperio de alguna concupiscencia ó apego á las cosas de la tierra. Sin la vigilancia, sin los esfuerzos y sacrificios no interrumpidos, estaré gobernado algunas veces por la gracia; pero habitualmente me arrastrará la naturaleza; llevaré con frecuencia una vida de instinto, en ocasiones vida de razón, pero casi nunca la vida de la fe que es la única verdaderamente cristiana; daré á Dios algunos instantes, y á mis inclinaciones naturales casi la totalidad de mis días. ¿No es esto precisamente lo que he tenido que deplorar en mis meditaciones precedentes? ¡Oh Dios mío, cuántas pérdidas he sufrido! ¿Y á que debo imputarlas sino á mi falta de energía para vencerme? ¡Cuántos momentos de ligerísima tribulación podían valerme el cúmulo inmenso de una dicha eterna! (2).

- (1) Luc., IX, 23.
(2) II Cor., IV, 17.

PUNTO II

Inmolación universal

Las cosas grandes como las pequeñas, las interiores y las exteriores, todo debe someterse á la ley del amor divino por medio de una absoluta conformidad á la voluntad del Señor. *Sicut in parvo, sic et in magno..... in omnibus te nudatum inveniri volo* (1). No es una parte del hombre, es el hombre completo, sus pensamientos, sus acciones y sufrimientos los que el espíritu de sacrificio debe arrancar al dominio de la naturaleza para entregarlo al de la gracia.

Empecemos por examinar los *pensamientos*. Es lamentable que comprendamos tan poco la importancia de este consejo del sabio: *Fili mi, attende ad sapientiam meam..... ut custodias cogitationes* (2). Cuidar de los pensamientos es ir á la fuente del mal para prevenirlo, y del bien para favorecer su desarrollo. El desorden se comunica fácilmente del espíritu al corazón. No son los malos pensamientos los únicos que combaten la pureza de nuestra alma; debemos purificarnos también de los pensamientos inútiles y extraños, que consumen en vano una parte notable de nuestra vida haciéndonos culpables de numerosas omisiones: *Munda quoque cor meum ab omnibus vanis, perversis et alienis cogitationibus*. Si quiero saber todo lo que debo sacrificar para encerrarme dentro del círculo de los buenos pensamientos, me basta escuchar al Apóstol en su epístola á los Filipenses: *Quæcumque sunt vera, quæcumque pudica, quæcumque justa..... quæcumque sancta, quæcumque amabilia..... hæc cogitate* (3). ¡Oh, cuántas quimeras y fantasías, cuántos errores han ocupado en mi espíritu el puesto de la verdad: *quæcumque vera!* Pudo hacer idén-

- (1) *Imit.*, l. III, c, XXXVII.
(2) *Prov.*, V, 1, 2.
(3) *Philipp.*, IV, 8,

tica reflexión en orden á los demás objetos sobre los cuales quiere San Pablo que ejercite mi inteligencia: *hæc cogitate*.

Nuestras *acciones* son el producto de nuestros pensamientos, y el espíritu de sacrificio se aplica á todas: si son malas las rechaza, si buenas se esfuerza en perfeccionarlas, perfeccionando especialmente la intención que es su móvil. No descuida ni las más comunes: las más indiferentes en sí mismas, las que se refieren á los cuidados del cuerpo, á los compromisos sociales, etc., las despoja de su carácter terrenal para levantarlas por la fe al grado de obras sobrenaturales y meritorias.

El *sufrimiento*, en fin, no es menos propio del hombre decaído que el pensamiento y la acción, y necesita con preferencia, si cabe, el espíritu de sacrificio. El nos lo hace sobrellevar, estimar y amar, y con estos tres grados alcanza su más hermoso triunfo sobre una naturaleza reñida siempre con todo cuanto la incomoda. Para estimar los sufrimientos es suficiente considerar la elección que de ellos hizo un Hombre-Dios, viviéndose de los mismos para destruir el pecado y salvar al mundo; conviene también recordar que ellos vienen de Dios y nos conducen á El.... Todo el trabajo aquí consiste en saber sacrificar las preocupaciones de mi espíritu. Para *sobrellevarlos* tengo, por el contrario, que sacrificar las repugnancias de mi corazón. Puedo, siguiendo el ejemplo de mi divino modelo, pedir alguna vez, que se aleje de mí el amargo cáliz; pero, como El, debo resignarme siempre á la voluntad de mi Padre. La perfección consiste en amar los sufrimientos y sus consecuencias; la pobreza, la humillación, el desprecio, el abandono por parte de las criaturas. ¿Quién llevará á cabo un sacrificio tan difícil y completo? Sólo la caridad, armada de todos sus incendios, será capaz de actos tan estupendos. Es ella la que exclama con San Pablo: *Quis nos separabit a charitate Christi? tribulatio, an angustias? an fames? an nuditas? an periculum? an persecutio? an gla-*

dius? (1).... Placeo mihi in infirmitatibus meis, in contumeliis, in necessitatibus, in persecutionibus, in angustiis pro Christo (2).

Nunca, Dios mío, hubiera encontrado vuestro Apóstol tales sentimientos en su corazón, si vuestra gracia no los hubiera hecho nacer en él: *Gratia Dei sum id quod sum (3)*. En breve, en la celebración de los santos misterios, me vais á hacer el don de Vos mismo con todas vuestras gracias; no me neguéis, os ruego, la fuerza, la magnanimidad, el amor generoso que necesito para renunciarle siempre y en todo, y para vivir siempre y en tu presencia en estado de perpetua inmolación, con el Cordero siempre vivo, é inmolado siempre á la gloria de tu nombre.

RESOLUCIONES.—Aceptar todas las disposiciones de la Providencia, todas las penas que tenga por bien enviarme, y unirlas á las de Jesucristo. Prever las ocasiones que pudiera tener hoy mismo de practicar el espíritu de sacrificio.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Inmolación continua*. Siendo constantemente de Dios, debo ser siempre para El y servirle sin cesar. Pero yo no le sirvo realmente sino con el sacrificio de mi voluntad á la suya. Mi naturaleza se ve constantemente arrastrada al mal por la triple concupiscencia; debo pues reprimirla siempre. Si dejo de resistir á esa corriente, su ímpetu ha de envolverme. Sin la vigilancia y los sacrificios continuos, mi vida será con frecuencia de instinto, alguna vez de razón, casi nunca la vida de la fe que es la vida del justo.

PUNTO SEGUNDO.—*Inmolación universal*. «Exijo de ti en todas las cosas un desprendimiento sin límites.» (*Imit*). No es una parte del hombre, es todo él, sus pensamientos, sus acciones, sus padecimientos, lo que el espíritu de sacrificio ha de arrancar al imperio de la naturaleza para colocarlo bajo el

- (1) Rom., VIII, 35.
- (2) II Cor., XII, 10.
- (3) I Cor., XV, 10.

dominio de la gracia. Cuidar de sus *pensamientos* es ir á la fuente del mal para prevenirlo, y del bien para favorecer su desarrollo. El espíritu de sacrificio se aplica á todas las *acciones*: cuando son malas las rechaza; cuando son buenas las perfecciona, sobre todo, por la intención; y si son indiferentes las levanta al orden de las obras sobrenaturales y meritorias. *El sufrimiento* pide más aún el espíritu de sacrificio que lo hace estimar, sobrellevar y amar. Para *estimar*lo, me basta considerar la elección que el Hombre-Dios hizo de él para destruir el pecado y salvar al mundo. Para *sobrellevarlo* tengo que sacrificar las repugnancias de mi corazón. Puedo pedir que se aleje de mí su cáliz, con tal que yo me resigne. La perfección consiste en *amarlo*; pero ¿quién podrá consumir este sacrificio? La caridad abrasadora. Ella podrá hacerme decir con San Pablo: *Me alegro con mis debilidades, en los ultrajes y en las necesidades urgentes, como en las angustias que sufro por Jesucristo.*

MEDITACIÓN VI

El espíritu de sacrificio. Fuentes en que se halla

- I. La consideración de sus felices efectos.
- II. El ejemplo de Jesucristo y de los santos.

Después de la gracia y la oración, primera fuente de toda virtud cristiana, nada contribuye más á penetrarnos del espíritu de sacrificio que la consideración de los felices resultados que produce, junto con los ejemplos que de él nos han dado Jesucristo y los santos.

PUNTO I

Felices efectos que produce el espíritu de sacrificio

Purifica el alma y la desprende de toda alianza impura con las vanidades y los afectos carnales ó demasiado humanos que empañaban el esplendor de su belleza. Establece íntimo consorcio entre una

alma inmolada y Jesucristo que encuentra en ella su perfecta imagen. Sustituye en nosotros la voluntad y la vida de Dios á nuestra propia voluntad y á nuestra propia vida. Poniéndonos bajo la dirección del Espíritu Santo, nos transforma en verdaderos hijos de Dios, conforme á la palabra de San Pablo: *Quicumque spiritu Dei aguntur, ii sunt filii Dei.* Nos hace recoger inapreciables tesoros de méritos por la constante práctica de las más excelentes virtudes, la abnegación y la caridad.

Al espíritu de sacrificio, como al espíritu de fe que es su principio, conviene atribuir en todo tiempo las virtudes heroicas, los prodigios de abnegación que admiramos en los grandes siervos de Dios. «¡Oh Señor, dad á vuestra Iglesia muchas almas inmoladas por la gracia, y aparecerá de nuevo la belleza de los primeros siglos, la fe se reanimará en el corazón de vuestros hijos, los desiertos se verán poblados de santos, vuestro santuario se llenará de ministros fieles.... los caminos de la perdición serán menos frecuentados, y menos profanada la Sangre de Jesucristo!» (1).

Pero entre los excelentes frutos de esta abnegación generosa, hay uno en el cual meditamos muy poco: es la paz abundante y la dicha presente que ella procura, aun en medio de las penas y tristezas de la vida. Si creemos tan firmemente que el espíritu de sacrificio conduce al Cielo, hemos de estar convencidos también de que la inmolación de sí mismo es la más perfecta caridad. *Majorem hac dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat* (2). ¿Y no es entregar su vida á Dios, morir por amor de Dios, el renunciar por agradarle todas las inclinaciones de la naturaleza, y mantenerse siempre delante de El en estado de víctima? ¿Pero se cree franca y sinceramente que una alma fervorosa halle en esa inmolación continua un Cielo anticipado, la paz y la

(1) Berthier, *Reflex. spirit.*

(2) Joan., XV, 13.